

UNA BALLENERA, SU UNIVERSIDAD. HERMAN MELVILLE

Manuel MAESTRO
Presidente de la Fundación Letras del Mar

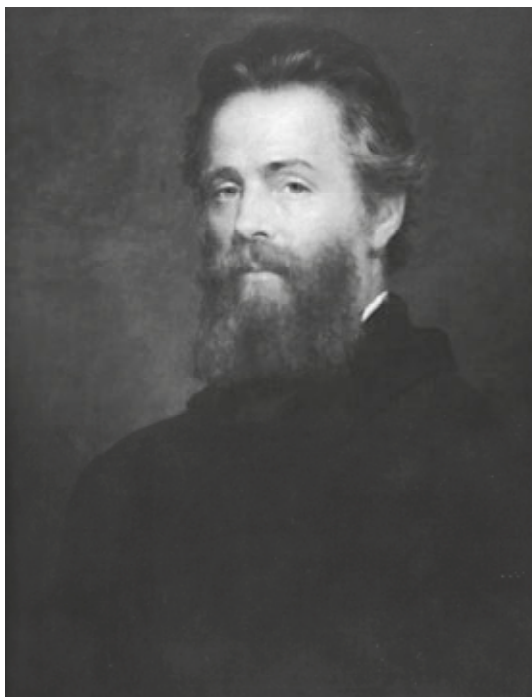
*Morir vengándose es preferible
a vivir siempre con rencor.*

(Deducción árabe).



HERMAN Melville fue un incansable lector de los temas más variados, desde todo tipo de historia o narrativa a zoología, lo que supuso para el novelista una caudalosa fuente de cultura, acrecentada en gran medida cuando estuvo enrolado en buques balleneros; leyendo durante los escasos momentos de asueto, mientras sus compañeros faenaban en aquellos mataderos flotantes, separando la gruesa capa de grasa que recubre al animal más grande de la naturaleza, como la cáscara lo hace con la naranja, con el fin de obtener su carne para alimento humano, el preciado sebo para combustible, el ámbar gris para fabricar perfumes, o los huesos, tan valiosos para dar forma a los corsés de las damas como para fabricar la pata de palo del capitán Ahab, figura que, junto con la de Moby Dick, se asocia indeleblemente a la del escritor estadounidense, que no es sólo uno de los principales personajes del universo de las letras del mar, sino también de la literatura mundial. A pesar de ello, sabemos poco de su vida y del resto de su obra, salvo que las navegaciones de su juventud, como a Conrad, le dieron tema para sus novelas, y que luego llevó una vida monótona de oficinista, como le ocurriera a Kafka.

Su exploración de los temas psicológicos y metafísicos influyó en las preocupaciones literarias del siglo XX, a pesar de que sus obras permanecieron en el olvido hasta la década de 1920, cuando su genio recibió finalmente el reconocimiento que merecía. Melville nació en Nueva York el 1 de agosto de 1819, en el seno de una familia en decadencia, cuando la ciudad contaba con unos 100.000 habitantes, lejos de los 3.000.000 que tenía cuando dijo adiós a



Herman Melville.

este mundo en 1891. Crecer junto al río Hudson, con los grandes barcos entrando y saliendo por su desembocadura, sería un comienzo romántico para su carrera, lo que unido a los relatos de su padre, eterno viajero, y de su tío, viejo lobo de mar, le inculcaron en su infancia afanes marineros. En la primavera de 1837 embarcó como grumete en un velero mercante de la línea Nueva York-Liverpool, cargado de algodón y con unos cuantos pasajeros. La novela *Redburn* está basada en este primer viaje que Melville considera como un salto de la infancia a la madurez: «Frío, amargamente frío como un mes de diciembre, e inhóspito como sus ráfagas de viento, así me parecía entonces el mundo; no hay mayor misántropo que un niño desencanta-

do; y así era yo, con mi alma azotada por la adversidad»; y así lo manifiesta cuando recoge sus primeros recuerdos al embarcarse, envuelto en el desasosiego producido por la reciente muerte de su padre.

De regreso a Estados Unidos trabajó como profesor, y en 1841 viajó a los mares del Sur a bordo del ballenero *Acushnet*: cazar ballenas era una gran aventura que confería cierto carisma, y ofrecía recompensas más prácticas, como salario, alojamiento y manutención gratuitos. Se trataba de la primera industria internacional, dominada por los Estados Unidos, que controlaban dos tercios de los aproximadamente mil barcos de este tipo que constituían la flota mundial. Herman y sus compañeros serían de los últimos hombres que cazaron estos cetáceos acercándose con un bote para clavarles a mano el arpón sobre sus lomos. Tras 18 meses de travesía abandonó el barco en las islas Marquesas junto con Tobías Green, y vivió un mes entre los caníbales. Algo así como los dos tercios de la tripulación de los balleneros desertaba en una escala u otra, renunciando a la poca paga que podían esperar si completaban el viaje. La novela *Omú* evoca su idilio con una hermosa indígena cuando, después de la huida de Green, escapó en el ballenero australiano *Lucy Ann*

y desembarcó en Papeete (Tahití), donde pasó algún tiempo en prisión: en el relato, al barco le rebautiza como el *Julia*. Trabajó como agricultor en las plantaciones de una isla cercana y viajó a Honolulu (Hawai) a bordo del *Charles and Henry*, un ballenero de Nantucket; y desde allí, en 1843, se enroló en la fragata de la Marina estadounidense *United States*, desembarcando en Boston en octubre de 1844. Durante los meses que pasó en la Marina norteamericana Melville tuvo una serie de experiencias que enriqueció su cultura marítima, completando así los cuatro años que pasaría en el mar.

A partir de ese año dejó de navegar y comenzó a escribir novelas basadas en sus experiencias como marino, participando en la vida cultural de Boston y Nueva York. De lo productivo de los años vividos en esta última ciudad diría «he nadado a través de bibliotecas», para referirse a lo complementaria que resultaba esa labor para enriquecer su cultura. Sus cinco primeras novelas alcanzaron rápidamente una gran popularidad: *Taipei*, *Omú* y *Mardi* están ambientadas en las islas de los mares del Sur, y su éxito se debió tanto a la fascinación por el mar como a los relajados atardeceres con hermosas mujeres bañándose en las aguas del Pacífico que describe Melville en sus obras; *Redburn* está basada en su primer viaje por mar, mientras que *La guerrera blanca* (1850) relata sus experiencias en la Marina de guerra americana. En 1850 se estableció en una granja cerca de Pittsfield (Massachusetts), donde entabló una estrecha amistad con Nathaniel Hawthorne, autor que ejercería una gran influencia en Melville y a quien éste dedicó en 1851 su obra maestra, *Moby Dick o la ballena blanca*.

Moby Dick no resultó un éxito comercial, y la siguiente novela de Melville, *Pierre o las ambigüedades*, una oscura exploración alegórica sobre la naturaleza del mal, fue un estrepitoso fracaso. *Israel Potter*, una historia romántica, corrió la misma suerte que las dos primeras. En el libro de relatos *Cuentos de Piazza* se incluyen algunos de los mejores salidos de la pluma de Melville. Sobresalen *Benito Cereno* y *Bartleby el escribiente*, así como los diez fragmentos descriptivos de las islas Galápagos que llevan por título *Las Encantadas*. El primero de éstos está basado en las memorias de un capitán de la Marina mercante, cuyo barco, el *Perseverance*, se topa con un navío negro, lo que da pie a algunos incidentes que al ser relatados trazan un retrato compasivo de cómo la gente maltratada llega a la violencia para poder alcanzar la libertad. La novela inacabada *El timador*, ambientada en un vapor del Misisipi, es una sátira del egoísmo y el materialismo de la época. Entre 1866 y 1885 Melville se ganó la vida como inspector de aduanas en Nueva York. Durante este periodo publicó varios volúmenes de poesía que han sido justamente valorados con el paso del tiempo. Entre estos figuran *Aspectos de la guerra* y *Clarel*, la historia de una peregrinación a Tierra Santa salpicada de aventuras. En 1891 completó la novela *Billy Budd, marinero*, la vida de un joven grumete que representa la inocencia, dominado por un malvado y enduccionado oficial que es la personificación del mal. Melville murió en Nueva

TEMAS GENERALES

York, poco después de completar *Billy Budd*. Cuando había comenzado a escribirla ya llevaba dos décadas trabajando en la Aduana de Nueva York y, muchos años después, W. H. Auden imaginó con un poema cómo el escritor había pasado aquellos días y noches:

«Hacia el final navegó en un sosiego extraordinario,
y echó el ancla en su casa y a su esposa alcanzó,
y paseó en el puerto de la mano de ella,
y fue cada mañana a la oficina
como si su trabajo estuviese en otra isla.»

***Moby Dick* o la venganza por antonomasia**

En el verano de 1850, en unos momentos difíciles para su subsistencia, el libro de su vida comenzó a bullir en la cabeza de Herman: *Moby Dick*, cuyo tema central es el conflicto entre el capitán Ahab, patrón del ballenero *Pequod*, y la gran ballena blanca que le arrancó la pierna a la altura de la rodilla. Ahab, ávido de venganza, se lanza con toda su tripulación a una desesperada búsqueda de su enemigo. La obra sobrepasa en mucho la aventura y se convierte en una alegoría sobre el mal incomprensible, representado por la ballena, un monstruo de las profundidades, que ataca y destruye todo lo que se pone en su camino, y también por el capitán Ahab, que personifica la venganza absurda y obstinada, lo que arrastra a la muerte inútil a muchos inocentes. Melville intenta contar su historia, escondido en la misma como Ismael que, al igual que Lázaro de Tormes, comienza su relato diciéndonos su nombre, único dato que se conoce de él, salvo que procede de la ciudad de los manhattos: «Llamadme Ismael. Hace unos años —no importa cuánto hace exactamente— teniendo poco o ningún dinero en el bolsillo, y nada en particular que me interesara en tierra, pensé que me iría a navegar un poco por ahí, para ver la parte acuática del mundo. Es un modo que tengo de echar fuera la melancolía y arreglar la circulación...».

La obra está inspirada en el caso real que padeció un navío al ser atacado por un cachalote; varios de los ocho sobrevivientes relataron el suceso: en 1820, mientras el ballenero *Essex* faenaba en un banco de ballenas en las islas Galápagos, un gran ejemplar se dirigió hacia él golpeando con fuerza el casco hasta abrirle un agujero en el costado, por el que entró tanta agua que no podía achicarse con las bombas de a bordo. Y mientras la tripulación se preparaba para abandonar la nave, volvió a asestarle otro golpe. Esta historia fue conocida por el escritor durante su embarque en el *Acushnet*, siendo la primera chispa que prendió su inspiración.

Nantucket es el nombre de la localidad costera donde el narrador de la historia, el joven marinero Ismael, llega desde su ciudad natal para embarcar

en un ballenero, junto a Quiqueg, un nativo de una isla del Pacífico, hijo de un rey de una imaginaria isla al oeste de Rokovoko, que se enrola con el deseo de conocer las tierras de la cristiandad. Logra ser aceptado en un barco al fin, y se convierte en un hábil lanzador de arpón. El lugar es patria de valientes marinos que se dedican a la arriesgada tarea de cazar ballenas, industria que con el combustible obtenido de los cetáceos enriqueció a la isla: «...Y así esos desnudos hombres de Nantucket, esos ermitaños marinos, saliendo de su hormiguero en el mar, han invadido y conquistado el mundo acuático como otros tantos Alejandro, repartiéndose entre ellos los océanos Atlántico, Pacífico e Índico, como las tres potencias piratas lo hicieron con



El capitán Ahab.

Polonia. Ya puede América añadir México a Texas, y apilar Cuba sobre Panamá; ya pueden los ingleses irrumpir por toda la India, y ondear su refulgente bandera sobre el sol: dos tercios de este globo terráqueo son de los de Nantucket. Pues el mar es suyo, ellos lo poseen, como los emperadores sus imperios, y los demás navegantes sólo tienen derecho de tránsito por él...».

Entre los barcos balleneros que hay en el puerto, Ismael se decide por el *Pequod*, un antiguo buque muy castigado por la dureza de las largas travesías; sus tripulantes proceden de lugares dispersos del mundo, lo que sugiere que el navío es una representación de la humanidad: «...Probablemente habréis visto muchas embarcaciones extrañas, lugres de pies cuadrados, montañosos juncos japoneses, galeotas como latas de manteca, y cualquier cosa; pero os aseguro que nunca habréis visto una extraña vieja embarcación como esta misma extraña y vieja *Pequod*. Era un barco de antigua escuela, más bien pequeño, todo él con un anticuado aire de patas de garra. Curtido y atezado por el clima, entre los ciclones y las calmas de los cuatro océanos, la tez del viejo casco se había oscurecido como la de un granadero francés que ha combatido tanto en Egipto como en Siberia. Su venerable proa tenía aspecto barbudo.



Sus palos —cortados en algún punto de la costa del Japón, donde los originarios habían salido por la borda en una galerna—, se erguían rígidamente como los espinazos de los tres antiguos reyes en Colonia. Sus antiguas cubiertas estaban desgastadas y arrugadas como la losa, venerada por los peregrinos, de la catedral de Canterbury donde se desangró Becket...».

Ismael zarpa a bordo del *Pequod* y, tras unos días de navegación, empieza a salir al puente del barco el capitán Ahab, que hasta ahora había permanecido recluso en su camarote. El aspecto físico del lobo de mar, junto a su actitud taciturna y atormentada, impresionan vivamente a Ismael: «...Tan poderosamente me afectó el conjunto del sombrío aspecto de Ahab y la lívida marca que le señalaba,

que durante unos breves momentos apenas noté que no poco de su abrumador aire sombrío se debía a la bárbara pierna blanca sobre la que parcialmente se apoyaba. Ya me habían dicho que esa pierna marfileña estaba hecha en el mar con el pulido hueso de la mandíbula del cachalote... Me sorprendió la singular postura que mantenía. A cada lado del alcázar del *Pequod*, y muy cerca de los obenques de mesana, había un agujero de taladro, barrenado una pulgada o poco más de la tabla. Su pierna de hueso se apoyaba en ese agujero; con un brazo elevado, y agarrándose a un obenque, el capitán Ahab se erguía, mirando derecho, más allá de la proa del barco, siempre cabeceante...».

Ismael cada vez se integra más entre los marineros del *Pequod*. Además, cada vez reflexiona más sobre la ballena *Moby Dick*, una criatura terrible y malvada que ha acabado con muchos de los que han intentado cazarla, y cuyo poder, así como su instinto solitario, ha creado alrededor de sí una leyenda de ente sobrenatural, capaz de estar en muchos lugares a la vez. Así reflexiona Ismael sobre la relación de Ahab con la ballena: «...Pocas razones había para dudar, pues, que desde aquel encuentro casi fatal Ahab había abrigado un loco

deseo de venganza contra la ballena o, cayendo aún más en su frenesí morboso, porque acabó por identificar con el animal marino no sólo todos sus males corporales, sino todas sus exasperaciones intelectuales y espirituales. La ballena blanca nadaba ante él como encarnación monomaniaca de todos esos elementos maliciosos que algunos hombres profundos sienten que les devoran en su interior, hasta que quedan con medio corazón y medio pulmón para seguir viviendo... todos los males, para el demente Ahab, estaban personificados visiblemente, y se podían alcanzar prácticamente en *Moby Dick*. Sobre la blanca joroba de la ballena amontonaba la suma universal del odio y la cólera que había sentido toda su raza desde Adán para acá, y luego, como si su pecho fuera un mortero, le disparaba encima la ardiente granada de su corazón...».

Tras mucho tiempo de navegación por los océanos, durante el que algunos tripulantes se plantean el sentido de la ciega obcecación de Ahab, el *Pequod* vuelve a encontrarse con *Moby Dick*. Se echan los botes al agua y comienza el combate. Tres días dura la incansable persecución, en la que la ballena mata a varios hombres. Al final, la lucha termina con un trágico desenlace: «...Se disparó el arpón: la ballena herida voló hacia delante; con velocidad inflamadora, la estacha corrió por el surco y se enredó. Ahab se agachó para desenredarla, y lo logró, pero el lazo al vuelo le dio vuelta al cuello y, sin voz, igual que los silenciosos turcos estrangulan a sus víctimas, salió disparado de la lancha, antes que los tripulantes supieran que se había ido. Un momento después, la pesada gaza en el extremo final de la estacha salía volando de la tina vacía, derribaba a un remero, e, hiriendo el mar, desaparecía en sus profundidades...».

Capitán y ballena entre realidad y ficción

«Si a mi muerte mis albaceas, o más exactamente mis acreedores, encuentran en mi escritorio algún precioso manuscrito, desde ahora atribuyo todo su honor y su gloria a la caza de ballenas, porque una nave ballenera fue mi Universidad de Yale y mi Harvard», manifestó Melville; lo que da idea clara de la influencia que tuvo en su obra la experiencia a bordo de este tipo de embarcaciones: un ballenero que es un matadero flotante; y es una tarea atroz avistar a las ballenas que suben a la superficie a respirar, tripular los botes que cuelgan de los costados del barco y contrarrestar, con un tremendo esfuerzo humano, el forcejeo de la ballena arponeada, algo que nos acerca a la ficción. A los aficionados a la narrativa marítima se nos supone que hemos leído *Moby Dick*, aunque no sea así, sino que tan sólo la figura del cetáceo y del capitán nos son tremendamente familiares. «Ahab —según comenta Harold Bloom— es antes que nada un héroe: Sí, es responsable de la muerte de su tripulación, incluido él, con la sola excepción del narrador, un superviviente a la manera de Job que nos pide que lo llamemos Ismael. Y, no obstante, cuando les pidió

TEMAS GENERALES

a sus marineros que se le unieran para dar caza a Moby Dick, el Leviatán, la ballena blanca evidentemente imposible de matar, ni uno solo de ellos se niega, ni siquiera Starbuck, el reticente primer oficial. Cualquiera que sea la culpabilidad de Ahab (la decisión de los marineros fue libre, aunque al capitán sólo lo habría detenido un rechazo total por parte del grupo), parece mejor pensar en el capitán del *Pequod* como un protagonista trágico, muy cercano a Macbeth y al Satán de Milton. Dentro de su monomanía visionaria, Ahab tiene un toque quijotesco, si bien su dureza nada tiene en común con el espíritu lúdico de Don Quijote».

La obra tuvo también como referencia histórica el relato publicado en 1839 por la revista neoyorquina *Knickerbocker*. Escrito por un oficial de la Armada de Estados Unidos, narra el enfrentamiento real de balleneros en contra de un cachalote albino conocido como *Mocha Dick* cerca de la isla Mocha en Lebu, Chile. Como *Moby Dick*, escapó incontables veces de sus cazadores durante más de cuarenta años, por lo que llevaba varios arpones incrustados en su espalda. Los balleneros contaban que atacaba furiosamente dando resoplidos que formaban una nube a su alrededor; embestía los barcos perforándolos y volcándolos, matando a los marineros que se atrevían a enfrentarlo. Según el marinero que contó la historia publicada en la revista, para lograr matar a *Mocha Dick* se requirió la unión de varios barcos balleneros de distintas nacionalidades. Cabe destacar que en Chile, en la cultura indígena mapuche, existe el mito del *Trempulcahue*, cuatro ballenas que llevan el alma de los mapuches que mueren hasta la isla de Mocha, para embarcarse en su viaje final.

El cine fue artífice de la popularidad de la ballena, y de que muchos creyésemos haber leído el libro: en 1926 se realizó una película muda: *The Sea Beast* (*La bestia del mar*), protagonizada por John Barrymore. En 1930 se rehizo bajo el título *Moby Dick*. Con igual título, en 1956, John Huston dirigió a Gregory Peck en el papel del capitán Ahab. El guión fue realizado por el escritor estadounidense Ray Bradbury, y en 1998 se rodó otra película protagonizada por Patrick Stewart.

